

Los tenores de *Master Class*

por Hugo Roca Joglar

Cada cierto tiempo, una nueva generación de cantantes hace su aparición. Esta sección está dedicada a ellos: a los que vienen; al canto fresco de las voces emergentes.

Arrancamos esta sección con dos tenores que alternan en las funciones de la obra de Terrence McNally *Master Class* que se han presentado en el Teatro Banamex Santa Fe desde octubre del año pasado hasta el cierre de esta edición. En un elenco encabezado por la veterana actriz Diana Bracho (Maria Callas), estos jóvenes dan voz al personaje Tony, un cantante con “*testa di tenore*” que busca seducir con su canto a la exigente diva.

Ángel Ruz: un tenor que resiste cantando

“La sensación es la de estar en un limbo”. Ángel Ruz lo dice en voz baja, arrastrando las palabras. Sonidos apagados y lentos, como de rezo. La frase suena triste pero no es triste su mirada. Los ojos le brillan. Tienen algo de alegre y algo de duro. Expresan dicha y resistencia en un mismo impulso. Eso es cantar ópera: Un intensísimo gozo que, sobre cualquier otra cosa, exige resistir y resistir y resistir.

Resistir, por ejemplo, a la suerte y sus cambiantes humores. Ángel era demasiado joven. Ganó el premio Jo Dávalos en los Concursos Carlo Morelli de 2003 y 2006. Pepita Serrano le consiguió una audición con Plácido Domingo. Lo becó SIVAM. Le pagaron clases de especialización en Israel y Nueva York. Cantó Alfredo y cantó Nemorino. Distinciones; halagos. Todo demasiado fácil. Todo demasiado rápido. Y de pronto, sin saber cómo, varios años se habían ido sin que casi ninguna de las maravillosas promesas de futuros protagonistas se hubiera cumplido.

¿Cuál fue su error? Ángel no podía entenderlo. Trabajó en su voz, en hacerla crecer y brillar. Trabajó en su actuación, en aprender pantomima y expresión corporal. Definitivamente era un mejor tenor que el de antes, mejor que ése de los premios y el reconocimiento temprano. ¿Entonces? ¿Por qué el olvido, por qué ya nadie parecía creer en su canto? De la confusión pasó a la desesperanza.

Y cuando Ángel estaba más triste, al borde de abandonarlo todo, sucedió algo extraordinario. Lo eligieron para *Ópera prima*, el primer *reality show* operístico en la historia de México. Una morbosa cacería. Fueron 22 cantantes menores de 35 años en competencia. Un jurado con la clara intención de humillar los iba eliminando. Y cámaras omnipresentes (a toda hora, en todas partes) ávidas de registrar la derrota y las lágrimas.

En semejante espectáculo de sangre e histeria, Ángel se sintió extrañamente vivo y seguro. Le entró a la televisión. Entendió su juego. En un mundo de apariencias, supo construir una imagen: la del tenor estremecido por la pasión, siempre valiente. Aprovechó que todos lo estaban viendo y cantó con un atrevimiento rayano en el descaro. Llegó a la Gran Final y ganó el cuarto lugar.

Gracias a Ángel muchos mexicanos supieron a qué suena un tenor y sobre un tal Donizetti. En la calle lo reconocían. Se le presentaban desconocidos; “¿eres el cantante de la tele, verdad?”, le decían con



Ángel Ruz: “Cantar es un oficio como cualquier otro”

admiración y alegría. De pronto era un poco famoso. Tomó de eso lo que debía tomar (contactos, audiciones) y su carrera comenzó a llenarse de compromisos líricos.

Papeles tradicionales en su mayoría (Arlecchinos, Nemorinos, Alfredos y Rinuccios), pero también experiencias completamente únicas, como la ópera en un acto *Yuzuru* (1952) del compositor japonés Ikuma Dan. Es la historia de una grulla que se convierte en mujer (Tsuu) para amar al hombre que la salvó de la muerte: un bondadoso campesino de nombre Yohyo, quien poco a poco se vuelve avaro y su comportamiento mezquino provoca en Tsuu una tristeza tan intensa que la convierte de nuevo en grulla.

Para celebrar los 400 años (celebrados en 2010) de relación bilateral con Japón, el gobierno mexicano montó en Tokio *Yuzuru* con Javier Camarena como Yohyo (papel escrito para tenor lírico de fácil sobreagudo), pero éste tuvo que cancelar y Ángel cantó las funciones por recomendación de Encarnación Vázquez (quien interpretó a Tsuu). El éxito fue absoluto. Michiko, la emperatriz japonesa, fue al camerino de Ángel, con tres felicitaciones (por su dicción en japonés, por su actuación entregada y por su canto incontenible) y una botellita de sake.

Lo amadrinó Tania Libertad. Bajó de peso y bajo la guía escénica de Ragnar Conde se convirtió en un mejor actor. Entonces su canto se volvió pleno y contundente. Individual. Suyo. Lírico y colorido. Con una expresión tan propia que cautivó a José Miguel Delgado, joven compositor que le escribió exprofeso el papel del Indio en *Alma* (2013), su segunda ópera. Delgado creó música para la voz de Ángel. Arias personalizadas. Como hacían los compositores antiguos con los grandes divos.

Ángel se mueve poco cuando habla. A veces permanece inmóvil mientras construye las frases. Y casi nunca se queja. “Cantar es un oficio como cualquier otro”. Lo dice de forma neutra, sin enfatizar ninguna palabra. “Se equivoca el tenor que comienza a sentirse especial”. Sus triunfos son muchos. Resistió el error de la soberbia, resistió caer en silencio y resistió el éxito de la televisión. Sus triunfos como cantante ya son muchos. Y sin embargo, algo falta. “Pertenezco a una generación rara”. Las grandes producciones operísticas nacionales se conforman con elencos de extremos: los solistas de siempre, que pasan de los 45 y que todos conocen... o los jóvenes debutantes. Ignoran a los treintones que, como Ángel, son artistas probados y maduros. Eso, y lo repite en voz baja, arrastrando las palabras, le provoca la sensación “de estar en un limbo”.

Antonio Albores: el tenor al que no le gusta la ópera

Antonio dice: “La ópera me aburre mucho” y luego sonríe un poco, tímidamente, como un niño que se apena de haber sido demasiado sincero. Es un tenor que prefiere escuchar *grunge* que *bel canto*. Menciona a Rossini y sus obras con la abulia de un soltero que recita una lista de ingredientes para la cocina, pero al explicar la destructiva poética en las canciones de Jim Morrison la voz de pasión se le enciende.

Antonio es alto y esbelto. Barba negra completa. El cabello suelto un poco chino. Jersey de fútbol americano. Adorna su mochila con pulseritas del Club América y bandas de rock pesado. Lo primero que cantó fue *heavy-metal*. Su grupo se llamaba “Estática”. Batería desbocada, frenéticas guitarras eléctricas y letras sobre la perfecta anarquía que antecederá al fin de los tiempos.

Destacaban sus agudos. Parecían proceder de otro universo. Uno desconocido para cualquier metalero. De fuerza prodigiosa (no necesitaban micrófono para superar instrumentos amplificadas) y desconcertantes expresiones: de un mero grito ornamental, cualquier (“ahhhhh” o “grrrrr”) construía un sonido denso, sostenido, y poco a poco lo coloreaba con matices donde asomaban muchas dimensiones distintas: unas suaves, otras lentas, algunas veloces y también las había frenéticas.

Entonces, en 2004 en Monterrey se le acercó el tenor Manuel Acosta y le dijo: “¿Por qué no aprendes a cantar ópera?”. Antonio no sabía nada de eso. Ni siquiera que existían diferentes tesituras para las voces. Comenzó en blanco y a tientas. No sabía leer notas. Escuchaba grabaciones de arias sueltas (de Andrea Bocelli, Plácido Domingo, José Carreras...) y así aprendía, por ejemplo, ‘Recondita armonía’: a través del sonido. Desconocía quién era Mario, quién era Tosca, y que esa romanza está escrita para interpretarse con pinceles en la mano frente al retrato de una mujer hermosa.

“¡Por eso para mí fue una gran sorpresa cuando, al invitarme a cantar *La cambiale di matrimonio* en 2005 me dijeron que también debía actuar!”. El rossiniano Eduardo Milfort fue su debut operístico: un bello joven que, en el entorno de una comedia, representa la victoria del amor verdadero. Antonio lo hizo tan bien que muchos—el legendario director de escena argentino Tito Capobianco, entre ellos—le dijeron: “eres un natural, ¡dedícate a la ópera de tiempo completo!”

Antonio no veía claro cómo sobrevivir cantando. Sentía que dedicarse de tiempo completo a cantar era algo incierto. Trabajó para la imprenta de su familia. Debía vender calendarios en Estados Unidos.



Antonio Albores: “La ópera me aburre mucho”

Aprovechó sus estancias (que solían ser largas) para tomar clases de canto. La soprano Martile Rowland lo escuchó y decidió dedicarse a perfeccionarlo (“me sacó una voz más potente, más lírica”). Lo recomendó a casas de ópera en Arizona y Colorado y Antonio cantó varias cosas, desde el coro en *La bohème* hasta el protagónico de El Conde Alfredo en *L'occasione fa il ladro*, pasando por partiquinos como El Remendado en *Carmen*. Las invitaciones siguieron llegando. Cada vez más importantes, como un Alfredo que cantó en 2011 con la South Texas Lyric Opera en McAllen. Y sin embargo, Martile le advirtió con amargura: “Antonio, cantas mejor cada vez pero no te comprometes: ¿qué caso tiene que estés tan dotado vocal e histriónicamente si no estás dispuesto a dedicarte en vida y alma al canto?” Él le respondió: “¡Nunca seré un tenor dispuesto a pasar hambre en el nombre del arte!” Y así rompió con su maestra.

En México tuvo una audición para Patrón de Rueda y cantó Pong en la producción de *Turandot* de 2012 de la Ópera de Monterrey bajo su batuta. “Conocí en esta época al director escénico Ragnar Conde y me ayudó muchísimo; logró que me enfocara en darle más prioridad al canto”. Poco después, el director André Dos Santos le ofreció ser el Coro masculino en *La violación de Lucrecia* en el Teatro del Bosque, en 2013. Lejos de un papel menor, se trata de una cumbre de los personajes operísticos de Benjamin Britten: el vertiginoso narrador que comenta, con algo de crueldad y algo de violencia, los acontecimientos de una tragedia de amor, maldad, traición y pureza. Además, está cantada en inglés, el idioma favorito de Antonio “¡por ser la lengua madre del heavy metal!”

Encarnación Vázquez, entonces subdirectora de la Ópera de Bellas Artes, fue a esas Lucrecias y se interesó por Antonio. Poco tiempo después lo llamó y le dijo: “Te queremos para *La flauta mágica* de 2014, aunque es algo chiquito”. Antonio, propenso a los grandes escenarios, se extrañó un poco. “Pensé: ¡qué bien, voy a cantar Tamino! Pero no es un papel tan chiquito que digamos”. Cuando supo que en realidad debía interpretar a El hombre armado, se decepcionó un poco, pero debutó en Bellas Artes y dejó tan buena impresión que Ramón Vargas lo invitó a cantar el Novicio y ser *cover* de El capitán Vere en el *Billy Budd* que lamentablemente ha sido cancelado.

Antonio lo repite: “la ópera me aburre mucho”. Hay travesura en su sonrisa. “Nunca voy a las funciones. A menos de que cante Jonas Kaufmann, me da muchísima huela ir a Bellas Artes a ver otra *Traviata*”. Ahora es un tenor completamente dedicado a su canto. Se encuentra poniendo a punto el Duque de *Rigoletto* para presentarlo en audición durante el segundo semestre del año en Europa. Sin embargo, a veces se lamenta íntimamente cuando un ensayo le impide asistir a un concierto de Anthrax o a los partidos sabatinos del Cruz Azul. ●